

LA ESPIRITUALIDAD DEL SEGLAR CLARETIANO:

“Respuesta a nuestra vocación bajo la acción del Espíritu”

INTRODUCCIÓN

La espiritualidad es, ante todo, **don y acción de Dios** en nosotros por medio de su Espíritu que impulsa nuestra vida por el camino del seguimiento de Jesús. Desde esta perspectiva, la espiritualidad hay que definirla como **vida según el Espíritu**. Así lo hace San Pablo escribiendo a los gálatas: “caminad según el Espíritu” (Gal 5, 25) y poco más adelante dice: “Dejémonos conducir por el Espíritu” (Gal 5, 25). ¿En qué consiste este caminar según el Espíritu?: consiste en **seguir a Jesús en comunidad** de discípulos, **por don del Padre y con la fuerza del Espíritu**.

1. CARACTERÍSTICAS DE LA ESPIRITUALIDAD DEL SEGLAR CLARETIANO

La espiritualidad del seglar claretiano se centra en el seguimiento de Jesús bajo el impulso de su Espíritu: *“Nuestra espiritualidad es la **respuesta generosa**, bajo la acción del Espíritu, al modo concreto de seguir a Jesús expresado en la vocación y misión que hemos recibido de Dios” (Id 28)*. Se relaciona con nuestra vocación y misión específicas, que provienen de los dones o carismas con que Dios nos hace seglares y claretianos. Estos dones son fuerzas o impulsos del Espíritu que nos llevan a vivir de un determinado modo y con características especiales lo nuclear de toda espiritualidad cristiana: el seguimiento de Jesús. Por ello podemos decir que la espiritualidad es la práctica de la vocación y de la misión. *Nuestra vida espiritual es el **punto de confluencia del carisma y del compromiso misionero**; donde se unen la llamada de Dios y nuestra respuesta personal a la misma (Id 28)*

La espiritualidad es don y tarea: “respuesta generosa”. Don del Espíritu y tarea apoyada por él, pues la realizamos con la ayuda y la fuerza del Espíritu. Tenemos que poner toda nuestra voluntad en el empeño por seguir los caminos del Espíritu, pero sabemos que no depende todo de ella y que ella sola no puede hacer nada. *El Espíritu mismo, que ha sido enviado a nuestros corazones, es quien **impulsa y dinamiza** nuestra vida espiritual (Id 28)*

En espiritualidad del seglar claretiano resaltan las características; englobante e integradora, humanizante, secular, profética y claretiana.



Englobante e integradora

La vida según el Espíritu nos conduce al **pleno desarrollo** humano y a la **perfecta integración** de todas las dimensiones de nuestra persona (Id 29) Vivir la vida secundando, y no sofocando, los impulsos del Espíritu (1Tes. 5,19) conduce a una espiritualidad englobante e integradora de la persona y de todas sus opciones, compromisos y actividades. Comprende el amor al Padre y la pasión por su reinado, el seguimiento de Jesús, la docilidad al Espíritu, la imitación de María, la lectura de la Palabra de Dios, la oración y la práctica sacramental; comprende las exigencias del estado de vida por el que hemos optado, el compromiso de animación cristiana de las realidades temporales, la acción transformadora del mundo, nuestro trabajo y el ejercicio de nuestra profesión. Alcanza todo lo que somos y lo que hacemos, porque todo tiene que ser poseído, regido y animado por la fuerza del Espíritu.

La vida según el Espíritu da unidad a todas las dimensiones de nuestra persona. El Ideario nos propone vivir una espiritualidad que integre, sin fisuras, fe y vida y la oración y el compromiso cristiano. *“En nuestra vida espiritual se **funden en perfecta unidad** todas las dimensiones de nuestra existencia: nuestra inserción en el mundo, nuestras responsabilidades y nuestras tareas temporales, nuestra acción, nuestra oración y nuestra vida sacramental, como expresiones inseparables de la realidad única e indivisible del amor con que amamos a Dios y a los hombres”* (Id 29). Uno mismo es el Espíritu que suscita y dinamiza nuestra oración y nuestro compromiso. Sólo por la debilidad de nuestra fe y de nuestro amor se explica que seamos capaces de hacer lo imposible: separar fe y vida.

Humanizante

Vivir según el Espíritu como seguidores de Jesús es también un camino de humanización, de crecimiento como personas. *“la vida según el Espíritu nos conduce al **pleno desarrollo humano** y a la **perfecta integración** de todas las dimensiones de nuestra persona”*. (id 29) Nuestro crecimiento humano es ante todo crecimiento en lo más nuclear de nuestro ser, en lo más genuino que hay en nosotros de la imagen de Dios: el amor. Sólo amando podemos realizarnos como personas. La vida según el Espíritu es, ante todo, una vida en el amor (Gal 5, 22-23).

Carácter secular

La dimensión secular de nuestra espiritualidad se fundamenta en nuestro ser del mundo. La nuestra es una espiritualidad que vive y asume la “mundanidad” desde la propia condición bautismal. **Somos esencialmente “mundanos”**. Nuestro Dios es un Dios encarnado, no podemos



encontrarlo al margen del mundo o del hombre. Dios nos sale al encuentro y se manifiesta en los acontecimientos y, a través de ellos, nos dice quién es él y cuál es su voluntad, su proyecto sobre la humanidad y sobre el mundo. Hemos de tener una mirada penetrante para traspasar la piel de la realidad y preguntarnos dónde está Dios, cómo se manifiesta en esta realidad, en este lugar y en este momento histórico, qué quiere, qué espera de nosotros.

Por ello *“La gestión misma de los asuntos temporales realizada conforme a la voluntad divina, es para nosotros lugar de encuentro con Dios y de identificación con sus planes”* (nº 30). Esto significa que la contemplación no se realiza sólo en el espacio sagrado de la oración ni en el recinto de la iglesia; ella encuentra su lugar también en la práctica política y social, bañada, sustentada y alimentada por la fe viva y verdadera. Como colaboradores de Dios y de Cristo, *“luchamos por la transformación del mundo en comunión Cristo y revestidos de la fuerza de su Espíritu”* (nº 30b).

Entre las realidades que el seglar tiene que vivir la experiencia de Dios y transformarlas evangélicamente viviendo según el Espíritu destacamos el **amor humano** (esposos, padres e hijos, hermanos y amigos); el **trabajo**, la **cultura**, la **economía** y la **política**.

Carácter profético y liberador

Somos seguidores de Jesús de Nazaret, “profeta poderoso en obras y palabras” (Lc 24, 19). Por eso, nuestra espiritualidad tiene que ser, como la suya, profética y liberadora. Esto implica, ante todo, la **solidaridad** con los pobres, los esclavizados, los disminuidos física o socialmente (cfr. Lc 4, 18). *“El Espíritu, que dinamiza los procesos históricos de los pueblos oprimidos, nos impulsa a la comunión con ellos y con su lucha por la liberación”.* (Id 40)

Claretiana

La dimensión claretiana de nuestra vocación y misión es también dimensión claretiana de nuestra espiritualidad. Nosotros seguimos ante todo al Jesús anunciador del Reino. *“Por el carisma claretiano, que cualifica todo nuestro ser, el Espíritu Santo nos capacita y nos destina a un servicio especial en la Iglesia. Identificados por este don con Cristo Misionero, continuamos, como seglares, la misión para la que el Espíritu Santo suscitó en la Iglesia a San Antonio María Claret”.* (Id 5)

2. DIMENSIONES DE NUESTRA ESPIRITUALIDAD: MÍSTICA Y POLÍTICA

“Nuestra vida espiritual, como la de Jesús, tiene dos puntos de referencia: Dios y los hombres y, por lo mismo, dos dimensiones fundamentales: una mística y otra política”. (31 a).

Dios ha enviado su Amor, que es el Espíritu Santo, a nuestros corazones (Gal 4,6). Este Amor asume



y agranda nuestra capacidad de amar para que podamos amar más a Dios (dimensión mística) y a los demás (dimensión política).

Cuatro elementos configuran la **dimensión mística** de nuestra espiritualidad: la relación con el Padre, con Cristo, con el Espíritu Santo y con María.

- A. **El Padre: amar a quien nos amó primero:** *El Padre, por su libre decisión de hacernos hijos en el Hijo y de haber enviado a nuestros corazones al Espíritu Santo, es el origen de nuestra vida espiritual, y es también el término... (Id 32).* El hecho de experimentar a Dios como Padre nos lleva a tener para con él un amor entrañable, una obediencia libre e incondicional, una confianza absoluta y activa en el compromiso por extender su Reino, una gratitud y una acción de gracias constantes.
- B. **Cristo: Seguir a Jesús de Nazaret** *Del activo permanecer unidos a Cristo depende nuestro progreso en el camino del Señor y la eficacia evangelizadora de nuestra vida y de nuestras actividades (id 33)* La unión con Cristo es la fuente que alimenta nuestro progreso en los caminos del Espíritu y nuestra acción evangelizadora.
- C. **El Espíritu Santo es la fuerza que nos guía y nos sostiene.** *El ES impulsa nuestra progresiva configuración con Cristo y nuestro seguimiento de Jesús; da vida a nuestra oración y a nuestra práctica litúrgica y sacramental; nos sostiene en la realización de nuestra misión y evangeliza por medio de nosotros (id 34).* El Espíritu Santo dentro de nosotros es el alma y el animador de nuestra vida espiritual. Cuando tomamos conciencia de que el Espíritu nos ha sido dado y de que habita en nosotros, nos resulta más fácil dejarnos llevar por su fuerza y creatividad. El Espíritu inspira y lleva a culminación nuestros proyectos, sugiere y hace realidad nuestros sueños.
- D. **Carácter mariano.** *Dentro del misterio de Cristo, vivimos el misterio materno de María, siempre desde una perspectiva misionera (Id 35a)* María es la primera discípula o seguidora de Jesús. En ella destaca la inquebrantable fidelidad a Dios Padre y a sus planes y la disponibilidad total al servicio de los hermanos. *“Con amor filial la contemplamos como modelo de seguidora de Jesús y de colaboradora de su misión” (nº 35 b).* De ella aprendemos también a acoger la Palabra y a llevarla a la vida. Para nosotros es, pues, madre y maestra

“Como en Claret, su presencia en nuestras vidas marca nuestra vivencia apostólica: nos forma para la misión, nos envía y, con su presencia materna, hace fecundas nuestras acciones de evangelización” (nº 35 c). María sigue siendo colaboradora de la obra de evangelización de su Hijo y del Espíritu, tanto en la formación de los evangelizadores, como en su envío y acción misionera. *Por eso nos entregamos y consagramos especialmente a su Corazón.* En medio de esta sociedad egoísta y violenta, deseamos vivir, como ella, los valores del Reino de Dios,



que son amor, ternura, solidaridad, misericordia, compasión y gratuidad.

La **dimensión política** de nuestra espiritualidad está íntimamente ligada a la misión. En ella se acentúa la doble dinámica de **don y tarea**. La tarea en este caso son nuestros compromisos de misión: *“Guiados por el Espíritu, realizamos la dimensión política de la espiritualidad comprometiéndonos en la animación cristiana de las realidades temporales y en la acción transformadora del mundo”* (nº 31 c).

Todo cristiano, y más aún si es seglar, tiene que estar presente en el mundo para ser fermento transformador de la sociedad. Hemos de vivir en permanente comunión con el Dios que nos envía y nos sostiene para que actuemos según su voluntad. La espiritualidad característica de Claret es la de ser un **“místico de la acción”**. También los seglares estamos llamados a ser contemplativos en la acción, a fundir mística y política, a encontrarnos con Dios en nuestras tareas seculares y a llevar al encuentro con Dios en la oración todas las cosas, situaciones y compromisos. Dios quiere renovar la historia y el mundo a través de nosotros.

3. LAS FUENTES DE NUESTRA ESPIRITUALIDAD

a) La Palabra de Dios

La Palabra de Dios es la **fuentes primaria** de nuestra espiritualidad. (id 37) Ella suscita la fe en nosotros (Rm 10,14). La Palabra de Dios nos invita siempre a la conversión, a salir de nosotros mismos y de nuestros intereses para centrar nuestra vida en el cumplimiento de la voluntad de Dios y en el seguimiento de Jesús, *“nos exige un constante cambio de vida”* (nº 37) El verdadero seguidor de Jesús es el que escucha la Palabra y la pone en práctica. La Palabra leída desde la realidad se convierte en una interpelación que puede hacer cambiar radicalmente nuestra vida. El Espíritu Santo es quien nos abre los ojos para comprender la Palabra. La acción conjunta del Espíritu y de la realidad la vuelven actual. Por eso, la lectura de la Palabra ha de hacerse siempre en comunión con el Espíritu, reafirmando nuestra fe en él y pidiéndole que sea el pedagogo que nos lleve a la verdad plena y a la praxis verdadera.

Si queremos que la Palabra de Dios sea realmente fuente de espiritualidad, hemos de abrirle cauces, dedicarle tiempo y prestarle la mayor atención posible. Donde la Palabra recobra plenamente su vida, su fuerza y su actualidad es en las celebraciones litúrgicas y en la lectura hecha en el seno de la pequeña comunidad eclesial a la que pertenecemos, porque donde están reunidos dos o más en su nombre, allí está Jesús en medio de ellos (Mt 18,20) proclamando de nuevo su Palabra.



b) Los sacramentos

Como los sacramentos son *lugar de encuentro con Dios, (Id 38)*. A este encuentro nos conduce el Espíritu Santo, que actúa en todas las acciones sacramentales. Por todo ello, los sacramentos son *“fuentes insustituibles de nuestra espiritualidad” (id 38)*. El encuentro con Cristo y con Dios Padre en cada sacramento nos transforma por la acción del Espíritu Santo en otro Cristo, **nos destina y nos capacita** para repetir hoy la vida y la historia de Jesús.

En el **bautismo** Dios nos ha regenerado y nos ha hecho nacer de nuevo. Es el sacramento de la vocación cristiana. “El Abbá” nos llama a cada uno de nosotros con esas mismas palabras: *“tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy”*. En el bautismo se hace realidad la buena noticia más hermosa: ¡que somos hijos de Dios!. *“En el bautismo, que explicita y realiza el proyecto del Padre, hemos sido hechos verdaderamente hijos de Dios y partícipes de la naturaleza divina; hemos sido revestidos de Cristo y unidos a él para formar un solo cuerpo; hemos recibido el Espíritu Santo, que sella y atestigua nuestra condición de hijos” (nº 12)*. Gracias al don del Espíritu recibido en el bautismo, el cristiano sabe que ya no está solo, pues ahora forma parte de la familia de los hijos de Dios, la comunidad eclesial, en la que el Espíritu comunica a cada uno sus dones con vistas a la utilidad común y a la ayuda mutua.

El bautismo es el comienzo de nuestro camino. *“en el bautismo recibimos la vida nueva en Cristo, nos unimos a él y a la comunidad de creyentes e iniciamos nuestra andadura como seguidores de Jesús” (38b)*, El bautismo es tarea para toda la vida, pone las bases de nuestra unión con Cristo y de nuestro caminar como seguidores suyos.

La **reconciliación** es un encuentro con Cristo en nuestra condición de pecadores. En él vivimos con gozo el abrazo del Padre que recibe en casa al hijo que había perdido (Lc 15, 11-32) y experimentamos la alegría y el gozo que tiene Cristo al llevarnos sobre sus hombros como la oveja extraviada que logró encontrar (Lc 15, 5-6).

El **matrimonio** es encuentro con el amor vivificador de Cristo, cuyo símbolo es la entrega mutua de dos seres que se aman y quieren hacer de ese amor un proyecto de vida en común, llamado a la donación recíproca. *“Los que hemos recibido el sacramento del matrimonio, amándonos y viviendo la presencia sacramental de Cristo en nuestro amor, nos unimos cada día más al Señor y nos ayudamos mutuamente en el camino de la santidad y del apostolado” (38 d)* Es un encuentro permanente con Cristo y Dios Padre donde, siendo el amor mutuo el lugar de la presencia de Dios, se casan en el Señor cada día. Ellos son imagen del amor de Dios a su pueblo (Os 1,3; Jr 2 y 3; Ez 16 y 23; Is 54 y 62) y del amor de Cristo a su Iglesia (Ef 5, 31s). Cada uno de ellos es signo y sacramento de la presencia de Dios para el otro, porque donde hay amor, allí está el Señor.



La **Eucaristía** es núcleo de nuestra fe. La muerte y resurrección de Cristo nos invita a realizar, como seguidores de Jesús, el mismo proceso pascual de muerte a la vida de egoísmo y de pecado y resurrección a una vida nueva de donación. *"En la eucaristía nos unimos al Señor en su misterio pascual para que su soberanía destruya en nosotros el poder de la "carne" y fortalezca la vida nueva iniciada en el bautismo"* (nº 38 c) La eucaristía es fuente de nuestra espiritualidad porque nos impulsa a seguir a Jesús con radicalidad, hasta el extremo de entregar nuestra persona y de dar nuestra vida como lo hizo él. La eucaristía nos compromete a luchar por extender el Reino de Dios. Es fuente de amor y de fortaleza para seguir a Cristo y proseguir su misión. "Haced esto en memoria mía" (Lc 22,19).

Este sacramento tiene para nosotros, como tuvo en Claret, un marcado sentido apostólico, ya que alimenta en nosotros la caridad que urge a la evangelización y hace de todo claretiano *"un hombre que abrasa por donde pasa"*.

c) La oración

La oración es un encuentro en el que se implica y se compromete todo nuestro ser, forma parte de nuestro modo de vida. Nuestra oración es un encuentro con el Dios Trinidad que se traduce en diálogo, con palabras o sin ellas. *"Movidos por el Espíritu, buscamos en la oración el encuentro con Dios en Cristo y pedimos al Padre que nos lleve a aceptar su voluntad y a ponernos sin reservas al servicio de su plan de salvación"*. (39a) El **Padre es el origen y el término** de nuestra oración. *"vosotros orad así: "Padre nuestro"*. La oración es, ante todo, la conciencia gozosa de sentir a Dios como Padre y el hablarle como tal. Un Dios que es **Padre Todocariñoso**, que nos amó primero y que siempre se nos adelanta en el amor; tan generoso que ya nos ha concedido previamente cuanto le pidamos (Mt 6,8). **El Hijo es el lugar** de nuestra oración. Nuestra oración brota de la unión con Cristo para decir con él: *"Abbá"*. Igualmente, cuando oramos en comunidad, oramos en Cristo, porque *"si en la tierra dos de ustedes unen sus voces para pedir cualquier cosa, estén seguros de que mi Padre Celestial se la dará... pues ahí estoy yo en medio de ellos"* (Mt 18, 19-20). **Oramos animados por la fuerza del Espíritu**, sin cuya ayuda no podemos llamar a Dios "Padre".

Como seglares, oramos en medio de las tareas temporales y oramos nuestro empeño por realizarlas según los planes de Dios, unidos y en permanente encuentro con él. *"Nuestra oración tiene siempre sentido secular y apostólico. Para orar no salimos del mundo, no nos olvidamos de él, sino que oramos nuestra misa situación en el mundo y nuestro esfuerzo por animar y ordenar todas las cosas según el plan de Dios. Compartimos en el diálogo con el Señor los problemas y las necesidades de nuestros hermanos y nuestra entrega a su servicio (Id 39 b). Hacemos de nuestra propia vida materia de oración"*. Escuchamos a Dios en los acontecimientos y tratamos de darle respuesta, no



sólo en el diálogo de la oración, sino en la vida de servicio a los demás. El servicio es oración.

La oración nos lleva *a aceptar su voluntad y a ponernos sin reservas al servicio de su plan de salvación.* (39a) Nuestra oración nos lleva también a un creciente compromiso de evangelización por medio de la palabra, del testimonio y de la acción transformadora de la sociedad. La oración y el compromiso misionero no son separables. No podemos llamar a Dios "Padre" sin estar dando la mano a los hermanos. La autenticidad de la oración se verifica en el compromiso cristiano y la autenticidad cristiana de este compromiso se verifica en la oración. Cada una es instancia crítica para la otra.

d) El hermano, especialmente los pobres

El hermano, el pobre, el pueblo con todas sus situaciones económicas, sociales, políticas, culturales y religiosas es templo y lugar de encuentro con Dios. Ahí Dios se ha dado cita con nosotros, ahí experimentamos su presencia. En el amor al prójimo es donde seguimos a Cristo y proseguimos su obra de amor, de servicio y de liberación. Dios está, ante todo, en su obra predilecta, la criatura humana. Cristo está presente de manera más viva en el pobre (Mt 25, 35-40). Por eso la conversión a Dios más inequívoca es la conversión al hermano, sobre todo, al pobre (1Jn 3,17; 4, 20). ***El encuentro con el hermano por amor es oración***, por ser experiencia de Dios que transforma nuestra vida, ya que nos lleva a imitar el amor de Dios y a seguir los pasos de Jesús que siempre amó hasta el extremo. El amor al prójimo es la manera más real e inequívoca de expresar el amor a Dios..

En los pobres adquiere un relieve especial de la presencia de Dios, porque El mismo se ha manifestado siempre como el Dios de los pobres. Jesucristo se hizo uno de ellos. Por eso son para nosotros lugar inequívoco de encuentro con Dios y con Cristo y, por tanto, lugar de experiencia de Dios. Amarlos en sí y por ellos es amar a Dios. *"Porque el Padre se ha manifestado siempre como el Dios de los pobres y el Hijo, que se identificó totalmente con ellos, continúa presente en los pobres, ellos para nosotros sacramento de la presencia de Dios y lugar inequívoco de encuentro con él"* (Nº 40).

Los pobres nos evangelizan, porque nos llaman a la conversión, a salir de nosotros mismos y a hacer de ellos y de su causa el centro de nuestras preocupaciones. Nos evangelizan porque nos impulsan a vivir la pobreza que hace bienaventurados (cf Mt 5,3) y a luchar contra la pobreza que hace desdichados, esa pobreza humillante que destruye a la persona humana.

